

# Porfirio Barba Jacob entre el yo y la eternidad

María A. Salgado  
*University of North Carolina at Chapel Hill*

La poesía de Porfirio Barba Jacob se podría definir como la expresión suprema de una exacerbada afirmación del yo. Afirmación que tiene por objeto imponer su presencia a la realidad circundante y que la lleva a entablar una lucha desesperada contra la fluidez —destructoramente anónima e impersonal— del tiempo. La presencia ubicua del yo lírico en las composiciones de Barba Jacob es evidente y se observa hasta en la lectura más superficial de su obra; todo en ella (prosa y verso) está marcado por referencias a sus experiencias personales y a su vida interior. El mismo poeta se ha referido a la fascinación que siente hacia su yo: “Aparece a cada momento en este libro el yo, el odiado yo. Es que bajo este modesto pronombre se esconde lo único que me ha interesado hasta hoy”<sup>1</sup>. También la crítica ha señalado ya el evidente egocentrismo de sus versos; sin embargo, y a pesar de ello, quisiera examinar el yo lírico que aparece en un poema con el que varios de sus antólogos han escogido iniciar la recopilación de sus obras. Se trata de una pequeña composición de cinco versos (siete si se cuenta la repetición de la palabra final, extendida a dos líneas consecutivas), e identificada por dos títulos diferentes, “Momento” y “Síntesis”<sup>2</sup>. En las páginas siguientes es mi intención hacer una lectura del poema, relacio-

nándola a los dos títulos y a su significación total dentro de la obra del poeta.

El poema, recogido con el título de “Momento” por el editor de su *Obra poética*, resume en una breve estrofa la problemática “yo contra el tiempo” y sugiere la angustiosa y altanera respuesta de Barba Jacob en términos sumamente líricos:

## Momento

Yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante,  
opreso en la urna del día,  
engreído en mi corazón,  
ebrio de mi fantasía,  
y la Eternidad adelante...  
adelante...  
adelante...<sup>3</sup>

Desde que los ojos del lector se posan en la primera palabra, es decir, desde que se posan en el título, entra en acción un quintaesenciado juego retórico; pero la actitud del lector dependerá en gran parte de lo que dicho título le haya pre-dispuesto a “leer” en el resto del poema. Cuando la composición se llama simplemente “Momento”, la concisión lacónica del título introduce el tema del tiempo con engañosa sencillez, ya que logra reducir tan abstracto concepto a términos cotidianos. El tiempo, así reducido y hasta humanizado, se acopla a la existencia del yo lírico, pero, paradójicamente, crea también la dicotomía espacio-tiempo en que este personaje se debate. En otras palabras, el yo poético ocupa

1. Porfirio Barba Jacob, *Obras completas*, Rafael Montoya y Montoya, Ed. (Medellín, Colombia: Ediciones Académicas, 1962), pág. 338.

2. Barba Jacob nunca publicó sus poemas en forma de libro; tampoco existe una edición rigurosamente crítica de sus obras. Ambos factores contribuyen a la dificultad de determinar con certeza los títulos, las fechas y las versiones definitivas de sus obras.

3. Porfirio Barba Jacob, *Obra poética*. Prólogo de Carlos Jiménez Gómez (Medellín, Colombia: Bedout, 1982), pág. 61.

el momento presente, y aunque en él se siente fuerte y casi invencible, se sabe amenazado por la eternidad sin límites del tiempo. El yo, pujante de vida y de emociones —o en palabras de Barba Jacob, el “yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante”— resulta ser en verdad prisionero de las leyes naturales, que lo circunscriben a un tiempo y a un espacio muy específicos. Según el poeta, este yo, sobrehumano casi en la potencia de su vitalidad, se encuentra “opreso en la urna del día”. La imagen, de sintética concisión, sugiere toda una compleja gama de asociaciones y de conceptos contradictorios y desconcertantes. El yo aparece atrapado, “opreso” dice —y oprimir va más allá del simple aprisionar—. Oprimir connota, como bien lo indica el diccionario, “sujetar demasiado a alguno, vejándolo, afligiéndolo o tiranizándolo”<sup>4</sup>. Es decir, el término “opreso” sugiere un paso más allá en el horror natural que el hombre siente ante la idea de estar preso, ya que oprimir añade al concepto de prisión gradaciones de tortura y aflicción. Además, el yo lírico de este poema está opreso en una urna; un objeto, que si bien estético y atractivo en su exterior, se asocia a emociones negativas por lo que tradicionalmente encierra: documentos, objetos valiosos y, más corriente aún, cenizas o restos humanos. Es decir, objetos que representan lo puramente material o la muerte. Ahora bien, la urna del poema es metafórica y está modificada por la palabra día. “La urna del día” puede ser interpretada, entonces, como símbolo de los estrechos límites que el tiempo impone a todo —la materia, lo humano. Y es esa urna del tiempo, objetiva e indiferente, lo que, irónicamente, encierra al hablante lírico.

Al igual que “la urna del día” encierra al yo —“yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante”— el yo encierra al corazón. En el poema, el corazón —tradicionalmente el centro poético de toda emoción— parece ignorar la amenaza que pesa sobre el yo y así, “engreído”, se deja arrastrar inconscientemente, “ebrio de /su/ fantasía”. Los adjetivos “engreído” y “ebrio” indican que el yo lírico se equivoca cuando cree bastarse a sí mismo. El siguiente verso introduce un cambio que fuerza al lector a confrontar desde otra perspectiva el extremo patetismo de la situación del hablante lírico. Situación que el nuevo punto de vista, objetivizado ahora en una tercera persona, sugiere que es análoga a la de cualquier otro hombre y que, por lo tanto, es análoga también a la del lector. Este efecto se logra cuando,

4. El diccionario que he utilizado para ésta y para la definición de síntesis es el de la Academia Española (1956).

sin ningún tipo de transición gráfica u ortográfica, Barba Jacob cambia el énfasis del poema y contrapone la imagen del yo poético (engreído y confiado en la fuerza de su vitalidad, de sus emociones y de su fantasía) con la imagen de la eternidad del tiempo, una fuerza irresistible sobre la que la voluntad humana no ejerce el menor control. La Eternidad, con mayúscula<sup>5</sup> y sin adjetivos que califiquen o rebajen su grandeza, marcha impersonal y calladamente “adelante”. El adverbio, repetido tres veces, superlativiza la implacable “in-humanidad” del tiempo, que se convierte aquí en el antagonista del yo. Antagonista que para ganar la desigual batalla tan sólo necesita esperar. El desenlace, lógico, previsible y sin apelación está expresado eficazmente en la repetición del vocablo final y en el silencio de los puntos suspensivos.

Esta serie de asociaciones y oposiciones temáticas y conceptuales está reforzada estilísticamente por la estructuración del poema en la página en blanco. En primer lugar, y aunque resulte obvio, hay que hacer resaltar la importancia del título. Situado sólo, en lo alto de la página, pone de manifiesto el significado que conlleva: un “momento” es una parcelación humana y artificial del tiempo. Barba Jacob logra aprisionarlo en el título y lo fuerza a amoldarse y a someterse a la tiranía de los límites espaciales que determina un poema circunscrito a una página en blanco. En este poema el momento en cuestión pertenece al yo lírico; es él quien manipula el tiempo por medio del lenguaje, es decir, por medio de estructuras lingüísticas y vocablos que como momento, día y eternidad tienen significado sólo dentro del sistema de la lengua que define y fija sus límites. El yo ocupa este “momento” dentro de un espacio reducido y en él se define, lingüísticamente también, por medio de una serie de atributos, separados por comas. Las comas dividen y arreglan el espacio con la misma precisión que el momento divide al tiempo. Sin embargo, ninguno de los dos adquiere completa independencia ya que ambos (las comas y los momentos que estas enmarcan) quedan siempre subordinados ante sus referentes —el espacio y el tiempo—.

5. Germán Posada Mejía ha observado que en Barba Jacob no abundan las mayúsculas: “Barba Jacob escribe siempre *Muerte* con mayúscula; privilegio que sólo otorga a muy pocas palabras más: *Musa*, acaso *Numen*...” (*Porfirio Barba-Jacob el poeta de la muerte* [Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1970], pág. 181). Si esto es así, el que Eternidad esté escrito con mayúscula puede hacer sugerir que la muerte es el referente final del poema.

Otra oposición antagónica, sin resolución en el poema, es sugerida por la circularidad de la rima que, paradójicamente, se repliega hacia el centro ("corazón" —representación del yo), al mismo tiempo que continúa avanzado en eco insistente e irreversible ("adelante" —representación del tiempo). La rima añade otras variantes al juego de oposiciones: así, por ejemplo, la última palabra del primer verso, es decir, la primera palabra rimada ("anhelante") representa un polo (la emotividad expectante del yo); mientras que su pareja en la rima, la última palabra del poema, repetida tres veces ("adelante") representa el polo opuesto (el avanzar impersonal del tiempo). La rima de los versos dos y cuatro ("día" y "fantasía") ofrece un contraste similar de conceptos, al oponer la especificidad abstracta del tiempo (un día) a la desenfrenada subjetividad del yo (la fantasía). El verso central del poema, y el único sin una rima paralela que le robe su individualidad al obligarle a compartir connotaciones, se refiere apropiadamente al yo ("corazón"), centro espacial del poema y del yo lírico. En otro efecto técnico muy bien logrado, Barba Jacob hace que la primera y la última palabras del poema ("Yo" y "adelante") marquen y reiteren gráficamente la misma oposición e idéntico desplazamiento de irradiación.

Otra versión de esta misma oposición se puede apreciar visualmente por medio del patrón que los versos dibujan en el papel. En este caso, el centro del poema no es el tercer verso, como parece sugerir la rima, sino el cuarto, el verso más corto del poema y el que divide en dos los siete renglones que acomodan el texto de la composición. Si se examina esta estructuración más detenidamente, se observa que los tres complejos primeros versos hacen hincapié en el espacio y presentan varias facetas del yo poético; el cuarto, el verso que sirve de transición, enfoca la fantasía o vida interior del yo; mientras que las tres últimas líneas se ocupan del tiempo y enfatizan su avance monocorde con la repetición y el vacío de sus versos truncados y de sus puntos suspensivos.

Por último, también debo mencionar que la afirmación energética del yo en el primer verso, expresada al repetir el pronombre personal tres veces, se repite y se contrapone en la triple alusión al automático avanzar del tiempo al final del poema. La irónica oposición indica al lector que aunque tal vez el yo poético no se dé cuenta de lo relativa que es la fuerza de su poder, sus palabras arrogantes pueden deberse a que subconscientemente sí se sabe amenazado por el avanzar destructor del tiempo. Para contrarrestar esta amenaza, el poeta consigue detener el tiempo eficazmente en este poema no sólo por

medio de la puntuación y de la estructuración del texto, sino porque tampoco incluye ninguna acción ni ningún verbo que lo haga avanzar. Todos los desplazamientos que en él ocurren son espaciales y van encaminados a dramatizar tanto la tensión yo-tiempo como la insistencia con que el yo trata de dominar e imponerse al tiempo.

Al cambiar el título de "Momento" a "Síntesis" la lectura del poema sufre una curiosa y sutil transformación. Puesto que en el poema mismo no ocurre ningún otro cambio, es de suponer que dicha transformación significativa se deba al poder sugestivo que conlleva un título. Este, por ser el primer contacto que el lector establece con el objeto artístico, controla hasta cierto punto (o mejor dicho, sirve de guía) a través de los versos hacia una interpretación final. Si los dos títulos del poema se examinan con más atención se hace evidente que aunque "síntesis" y "momento" son términos igualmente lacónicos y abstractos, el segundo limita más las opciones del lector al apuntarlo inequívoca y unilateralmente hacia el tema del tiempo; "síntesis", por el contrario, no sugiere un tema único sino la unificación de elementos diversos. Es evidente, entonces, que síntesis no puede sugerir ya la confrontación antagónica que llevó a esta lectora a interpretar el poema como una violenta afirmación del yo frente a la eternidad del tiempo. Síntesis sugiere una resolución, ya que en esta palabra está implícito el concepto de tesis-antítesis y la resolución de los opuestos en una sola unidad. "Síntesis" es pues un poema de reducción y armonía; según el diccionario el término significa "composición de un todo por la reunión de sus partes", pero además, y más importante aún, significa también la "formación de una substancia compuesta mediante combinación de elementos químicos o de substancias más sencillas". Es decir, con el título "Síntesis", se quiere destacar la unión de elementos opuestos, elementos que originalmente no formaban parte del mismo todo. Y una síntesis de opuestos es precisamente lo que el yo lleva a cabo en este poema por medio de la aleación mágica de las palabras. Por lo tanto, en este nuevo enfoque, se admite que el "yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante", pueda acomodarse a vivir dentro de los límites estrechos del tiempo y que, aunque oprimido por ese tiempo pueda formar parte de él; y así, "engreído" y "ebrio" de su fantasía (su creación poética), eterno en ella como el tiempo, se adentra con él en la eternidad. Los elementos

6. El título "Síntesis" se usa en *Obras completas*, pág. 163 y en *poesías completas*. Prólogo de Daniel Arango (Lima: Editorial Latinoamericana, s.f.), pág. 85.

técnicos del poema también se prestan a sugerir que las muchas oposiciones sin resolución, ya observadas en la lectura anterior, se resuelven esta vez en síntesis. Así, y daré tan solo un ejemplo, la rima logra fundir al "yo anhelante" con el tiempo, a través del adverbio "adelante", por medio del cual se adentra en lo eterno. La actitud de aceptación que sugiere este nuevo enfoque no es del todo sorprendente (ni inesperada) si se piensa que, después de todo, y como señalé más arriba, hasta el primer título ("Momento") indicaba ya que el yo y el tiempo estaban estrechamente entrelazados en una relación de dependencia, a través de la palabra "momento", con la que el yo lírico captura al tiempo del que es a su vez prisionero.

El hecho de que los dos títulos den ocasión a que el poema se preste a dos enfoques diferentes, que paradójicamente resultan ser complementarios, se debe a que en verdad el tema es el mismo: la angustia del hombre ante el irremediable avance del tiempo o, en otras palabras, el miedo a la muerte. Lo que cambia el título es la actitud con que el hablante se enfrenta a la situación. Los dos títulos parecen indicar que el poema ha sido "nombrado" en dos etapas distintas de la evolución vital de Barba Jacob: el título "Momento" corresponde a una actitud de rebeldía; el de "Síntesis", a una de aceptación. Claro está que en este contexto rebeldía y aceptación no deben ser entendidos en el sentido de resignación cristiana, ya que como ha señalado Germán Posada Mejía, la de Barba Jacob no "es la serenidad del cristiano esperanzado, que confía en el más allá; es la serenidad del orgulloso, del

que se sabe inmenso, del que confía en la supervivencia terrena de su espíritu por acción del arte"<sup>7</sup>. El mismo Barba Jacob se ha referido a las distintas fases de su evolución en un pequeño prólogo titulado "Claves". El poeta explica que sus etapas poéticas corresponden de cerca a las de su vida y distingue los aspectos siguientes: "primero, balbuceo e incertidumbre; luego, desesperación, vicio, locura, intento de asumir torturas ajenas para el logro de nuevas modalidades del dolor humano; pero, sobre todo, conciencia obsesionante del giro fugaz de los días y, por último, melancolía y algo como el alba de la serenidad"<sup>8</sup>. La actitud rebelde del yo y la preocupación por el tiempo que se observan en "Momento" son características de su "conciencia obsesionante del giro fugaz de los días"; "Síntesis"; por el contrario, se acopla más adecuadamente a lo que Barba Jacob llama esa "melancolía" que le ofrece "algo como el alba de la serenidad".

Bajo cualquiera de los dos títulos, sin embargo, el poema es representativo de la obra de Barba Jacob: su personalidad torturada, su angustia ante la problemática del hombre y sus esfuerzos por lograr una expresión lírica de máxima expresividad, se conjugan en este breve poema para crear uno de los varios logros poéticos que ofrece su obra.

7. Posada Mejía, pág. 182.

8. *Obras completas*, pág. 323.